

LA SIESTA EN LA MANCHA

Sr. Director:

Queremos dejar constancia en estas líneas del asombro que, en cierto modo, nos produjera la reciente lectura del artículo publicado en el número cinco de la revista MANCHA DE CIUDAD REAL, de la Diputación Provincial, con el título de "LOS PECADOS CAPITALES DE LOS MANCHEGOS", de cuyo autor no conocemos el nombre por no figurar éste en el trabajo en cuestión.

Para rebatir de alguna manera la poco afortunada opinión que su autor tiene, al parecer, de los manchegos y sus costumbres, heños aquí, en estas páginas, como moderno Alonso Quijano, si la Revista lo tiene a bien, con esta más audaz que bien cortada pluma, en defensa de estas gentes un tanto olvidadas, que necesitan más del apoyo, en términos generales, que de áspera crítica, por más literaria que ésta pueda ser.

La verdadera razón de estas líneas no es otra, mi admirado autor, que la de sentirnos aludidos en su excelente y bien construido trabajo periodístico, pues, señor, el atrevido, el audaz que esto se permite, es un contumaz beneficiario de la siesta que, en verdad le digo, señor mío, es un verdadero deleite, un placer necesario, que el cuerpo sabe agradecer, con renovados impulsos, para reanudar la faena brevemente interrumpida.

En el transcurso de su interesante lectura nos encontramos con afirmaciones, juicios o comentarios, más o menos como estos: "La Mancha, siesta infinita, o el domingo es ancho, que tierra tan lenta es..."; "La pereza de los hombres y mujeres manchegos existe sólo para hacerle sombra al bribón..."; "el personal es tan bribón (entendimos vagos, perdón) como la chaqueta de un guarda..."; Así, por ese estilo nos endilga otros "elogios" que, ciertamente, dejan bastante mal parado al personal y, por qué no decirlo, un poquitín ofendidos, intención de agravio que, en absoluto, vemos en el fondo de su escrito, cuyo propósito es, sin duda, el de edificar, no destruir. En otro lugar dice: "páis mal bautizado como es..." ¿Cómo le llamaría usted? ¿Qué nos recomienda para arradicar nuestros modos, maneras y defectos; esa larga serie de pecados y cosas, donde pone su acento cuando se ocupa de nosotros?

Al referirnos a la siesta no debemos situarla exclusivamente aquí, en La Mancha. Esa costumbre nacional tan vituperada ¡ay! por propios y extraños, no es patrimonio de esta región, es costumbre legendaria en muchísimas zonas o comarcas de nuestro país; en aquellas donde el Sol, su Majestad el Sol, es así de inclemente. La siesta en La Mancha concretamente, no es capricho o privilegio de nadie, es una necesidad que sentimos todos y que todos tenemos ocasión y opción de disfrutarla, salvo las contadas personas cuya ocupación no lo permite. Ese

hurto, en fin, a la dura jornada, es una necesidad impuesta por la propia Naturaleza, por exigencias del rubicundo Apolo —como le llamó Cervantes—; ese Sol de justicia cuyos rigores, entre la una y las tres del día no permiten, en buena lógica, otra alternativa que la de escapar de sus contundentes e implacables efectos.

El hábito de la siesta, insistimos, no impidió jamás a estas gentes el olvido de sus deberes colectivos. La razón de nuestro comportamiento al respecto viene impuesto, repetimos, por el clima, ese fenómeno natural que obliga a refugiarse y dormitar a la sombra mientras esas dos horas de calor abrasador.

Los manchegos, ciertamente, tenemos un modo de ser peculiar. La mirada del manchego, sobre todo de los labradores, es así de enigmática, de infinita como su tierra, cuyos límites horizontales no tienen fin. Verdadero mar de tierras cuya contemplación invita al sosiego, al descanso, luego de la dura jornada, cuando el cuerpo tanto lo desea. Tierra evocadora por su dilatado horizonte, donde la imaginación tiene libre albedrío para discurrir en un mundo de fantasías como las vivieron nuestros ilustres paisanos D. Quijote y Sancho, su escudero.

Por razones del carácter —el manchego, que viaja poco, no conoce más mundo que el suyo: el de tierra adentro; que es más bien altanero en su manera de ser, que no tiene costumbre de pedir— y por otras de signo histórico, es cierto que La Mancha se quedó anclada en el tiempo. Pero ello no es sólo culpa de los manchegos. En esa especie de arcaísmo, en ese fenómeno de siglos de signo netamente negativo, hállese otros factores, por ejemplo, el abandono secular en que se tiene a esta extensa zona, cuyas gentes sólo supieron trabajar con ahínco para arrancar a estas tierras las cosechas, los productos que dan, como compensación al duro y continuado esfuerzo de sus gentes. Somos y hemos sido siempre, tierra de tránsito donde nadie se detiene. Es esta una región que sabe agradecer si algo le dan, pero que no sabe pedir. Tampoco supo jamás preparar a los valores humanos que, sin duda, tuvo y tiene, para esa tarea, tan necesaria y conveniente, que es la de pedir a quienes tienen la obligación de dar, como administradores de los bienes y recursos de todos.

El manchego, por hidalgo, tiene un alto sentido de su propia dignidad, de ahí que antes prefiera la ruina o carencia de algo, que perder su sentido del honor. Por otra parte, al ser los de aquí gentes indiferentes a las cosas no propias, no se ocuparon jamás, repetimos, en la búsqueda y encauzamiento de los valores humanos que hayan surgido a través de su historia, de tal suerte que, en ese aspecto, salvo muy escasas y contadas excepciones, somos un país, una región mejor dicho, carente de hombres preparados de significación y relieve políticos para poner en línea y altura comparable a las demás de esta Nación. Nos ha fal-

tado siempre eso o esos hombres con autoridad, capaces de sacarnos, indefensos, de esta especie de subdesarrollo en que nos hallamos.

El clima de La Mancha, por sus especiales características, impone normas insoslayables que sus habitantes se ven obligados a respetar. Eso quizá lo sepa usted que, según parece, es también oriundo de esta tierra. Como tal, ¿no sesteó alguna vez?

No nos duele, antes al contrario, que, con innegable habilidad, dominio y estilo, saque a relucir nuestra consabida modorra social, moral y espiritual, mal endémico que nos tiene, de cierta manera, sumidos en esta especie de aislamiento y marginamiento respecto de otras regiones de España. Sin embargo, usted solamente se ocupa de poner de manifiesto ese y otros defectos, pero en cambio silencio, o no dice nada, de alguna que otra virtud que, posiblemente, tengamos. Nos deja un tanto maltrachos, ofendidos, si cabe, con sus audaces y si me lo permite, un poco ligeros juicios, pero ni por asomo se ocupa usted de exaltar nuestros méritos, nuestros valores en suma.

Creo, en fin, que sería mejor dejar de tirar piedras a nuestro propio tejado ocupándonos, todos, en defender, proclamar y exaltar con vehemencia, con decisión, nuestras posibilidades, nuestra personalidad, nuestros merecimientos, en fin. De nuestros vicios y defectos ya se ocuparán nuestros enemigos, pues como dijo aquél fogonero: "Todos tiznamos, Sancho, y callar es bueno".

Usted, que tiene sin duda bien acreditada personalidad, que su pluma se deja escuchar, que tiene acceso a las redacciones y a los centros culturales, ocúpese más bien en defender nuestros derechos, en recabar aquello que no tenemos y tanto se necesita y, por favor, si no es absolutamente necesario no saque a la palestra nuestros defectos raciales o adquiridos. Ustedes, los escritores, pueden, sin duda alguna, hacer mucho bien por aquellos lugares donde residen habitualmente. Márquese ese objetivo, en todo caso mucho más hermoso, más positivo, que el afán de todo español de airear lo feo, lo denigrante, la estupidez, la negación del lado positivo del ser humano.

Si acaso estas líneas tuvieran el alto honor de su atención, le ruego muy encarecidamente no vea en ellas otra cosa que la protesta de un hombre, manchego por añadidura, al que su trabajo no gustó, encontrándolo, a mi manera, poco acertado, quizá escrito con cierta ligereza, poco meditado, finalmente.

Para terminar: La Mancha, nuestra Mancha, la de Ciudad Real concretamente, necesita defensores a ultranza; sus detractores somos los propios manchegos, gentes buenas, desde luego, pero totalmente indiferentes e insolidarios para lo que no tenga alguna relación con su predio, con su melonar.

José Martínez Crespo